



ALEJANDRO MORALES

## «Vine a Comala»: historia de vida y vida cotidiana

*Observemos una hoja de árbol, con sus nervaduras caprichosas, sus tintes variados debidos a la sombra y al sol, la onda que ha sido provocada por la caída de una gota de agua, la picadura que ha dejado un insecto, la huella plateada de un caracolillo, los primeros dorados de muerte que anuncian un otoño; buscad pues una hoja exactamente igual por todos los bosques del mundo: los desafío.*

MARCEL SCHWOB

El presente trabajo es un segmento de una indagación más amplia sobre las transformaciones en la forma de vivir y pensar de un sector de la población, el campesinado, y en particular del jornalero o trabajador del campo que vende su trabajo por un sueldo diario (jornal).

El estudio se enfoca a los jornaleros emigrados del Llano Grande, en el sur de Jalisco, a la región de Comala, en el estado de Colima. La misma ruta y el mismo paisaje, pero ahora reales —no literarios— que recorrió Juan Preciado en el *Pedro Páramo*, de Juan Rulfo.

Para ello exploro las posibilidades metodológicas de la «historia de vida» o «entrevista biográfica», para dar cuenta de las transformaciones en la vida cotidiana y en las representaciones de su mundo al interior de este grupo, que algunos estudiosos sociales no tendrían empacho en denominar, pese a sonar con ello despectivos, «subalterno».

Esta herramienta de la historia oral la apliqué a un caso específico, el de Cenobio Gama Flores, nacido en 1922, en Santa Elena de la Cruz, municipio de Tolimán, en el denominado Llano Grande o Llano en Llamas, es decir, mirando de Colima hacia el norte, «al otro lado del volcán», en el Sur de Jalisco.



Luego de un largo periodo de violencia, fragmentación de las haciendas y declive económico en el Llano, Cenobio Gama emigró como muchos de su región, al estado de Colima. Desde mediados de los años cuarenta del siglo pasado, vive en la cabecera del municipio de Comala, donde fue padre de una larga progenie: trece hijos.

Bajo el supuesto teórico de que «la práctica individual es una síntesis compleja de lo social», como lo ha expresado Franco Ferrarotti (2007), lo que pretendo es, a través del hilo conductor de la historia de vida de un individuo, hacer la lectura de un objeto social más amplio, como ya se dijo: la vida cotidiana del jornalero de Comala, sobre todo del emigrado del Llano Grande durante los años treinta y cuarenta del siglo xx. Trazar un acercamiento a la comprensión de su cultura y sus transformaciones, es decir, los cambios en sus formas de vivir, pensar y concebir el mundo: creencias, mitos, valores, miedos, esperanzas, juicios y, por qué no, también sus prejuicios, pues no es la verdad histórica, en sentido estricto, lo que aquí persigo —la exactitud de los hechos ocurridos—, sino la particular versión histórica de nuestro personaje, su propia interpretación sobre los hechos vividos, relatados o incluso imaginados o distorsionados por los recuerdos escurridizos de la memoria. ¿Qué hay más cotidiano que el prejuicio?

El historiador y antropólogo Jorge E. Aceves Lozano (1998), uno de los más destacados estudiosos de la historia oral en México, apunta lo siguiente:

Con frecuencia se utilizan las historias de vida para profundizar, en algún aspecto problemático, un proceso de investigación ya avanzado, puesto que con ellas se puede indagar cualitativamente algún tema concreto, que bien puede sintetizar o resumir algún universo complejo o bien cierto problema abstracto más amplio que se esté abordando. Sería como ya tener examinado el panorama global y acercarse a un punto específico, algo así como una vez ya conocido el bosque, examinar con detalle un árbol. [Pero] Las historias de vida también se usan al revés, tal como si fueran experimentos o pruebas de campo y exploración preliminares, que nos ayudan a realizar acercamientos al sujeto de estudio, o bien a detectar nuevas líneas de investigación para probar hipótesis específicas de la investigación. En fin, una manera deductiva y una forma inductiva (225).

El trayecto que sigo no es el del bosque al árbol, sino todavía más microscópico: el que va de la hoja al árbol, y sólo después al bosque.

En síntesis, mi indagación enfoca primeramente el microscopio histórico a «las nervaduras» de la vida cotidiana e imaginario de un solo personaje —único, distinto e irrepetible, pero de alguna manera representativo—, sin dejar a un lado que implica el estudio de una amplia gama de relaciones: una historia de vida siempre es la historia de vida no sólo de un personaje, sino la de muchos, de una época, de una comunidad, de una forma de ser y estar en el mundo. Y esto bajo la hipótesis, ya por muchos reconocida, de que la herramienta de la historia de vida es un instrumento idóneo para el estudio del imaginario y la vida cotidiana de los individuos.

María Teresa Esquivel (2002), en un artículo titulado «Los senderos de la investigación: metodología cualitativa», dejó escrito:

Los métodos biográficos consisten en la construcción de narraciones y relatos. Estos relatos son el reflejo tanto de la trayectoria vital del individuo como de la época, de las normas sociales y de los valores compartidos por la comunidad a la que pertenece. [...] En este tipo de investigaciones, el sujeto no es un dato más, es un individuo universal-singular que resume parte de lo que es esa totalidad: la sociedad a partir de la experiencia de una persona en su contexto (3-5).

Por su parte, Carlo Ginzburg (1991), en el prefacio de su imprescindible *El queso y los gusanos*, ya se preguntaba, desde 1976, qué relevancia pueden tener, en general, las ideas y creencias de un individuo, y además, no de un rey ni un jefe militar, sino de alguien perteneciente a un «grupo subalterno». Y se responde, no sin belleza: «En algunos estudios biográficos se ha demostrado que en un individuo mediocre, carente en sí de relieve y por ello representativo, pueden escrutarse, como en un microcosmos, las características de todo un estrato social en un determinado periodo histórico» (21-22).

Sobre la importancia de escribir la historia de las «hojas», y no sólo la de los «bosques», es evidente que la gran historia siempre es, irremediablemente, una urdimbre de historias personales. Nuestras historias individuales entretrejen, de alguna manera, el hilado de la historia. El antropólogo Jesús Galindo (1990) lo explica así: «El mundo micro es



extenso y, en la práctica, incognoscible de forma directa. [...] Pero es ahí donde se trama la vida, es ahí donde se cocina la historia y el trayecto de la humanidad. El mundo micro debe ser conocido, necesita ser conocido sistemáticamente» (17).

Mientras tanto, sin ser una autoridad en historia, pero sí un reflejo del sentimiento del público no especializado respecto a la historia, el periodista italoestadunidense, Gay Talese, defiende que «lo que ignoran los historiadores» es que la historia no la hacen sólo los grandes personajes, sino también la gente ordinaria, la que no es «autoridad», «héroe» o «villano destacado», sino la que recorre su diario vivir en el «anonimato» y de manera «común y corriente». Dice Talese (en Carrera, 1992): «Creo que todos somos parte de la historia, incluso si no llamamos la atención de los historiadores. Esta historia está ahí y la podemos entender, vivir, escribir» (9). Pero advierte que no se trata de escribir cualquier cosa y como sea, sino que sea una buena historia, que esté bien escrita y que tenga algún significado y relevancia.

¿Y por qué es importante estudiar la vida cotidiana? Quizás hubo un tiempo que el estudio de la vida cotidiana fue menospreciado como algo superfluo, baladí, poco serio o intrascendente, pero no es el tiempo que ahora vivimos. Por lo menos de unos treinta años para acá, y cada vez con más intensidad, lo cotidiano ha sido reivindicado como materia «importante» de estudio, no sólo en historia, sino en todas las ciencias sociales e incluso la psicología, pues es terreno propicio para el mejor conocimiento del hombre, su forma de vivir y de pensar, es decir, su esencia. En historia, el estudio de la vida cotidiana ha estado vinculado a recuperar la historia de las mentalidades colectivas, con autores como Jacques Le Goff y Georges Duby, a quienes se han sumado muchos más en diversos países del mundo.

Rafael Torres Sánchez (1999) se expresa así sobre esta recuperación del estudio de la vida cotidiana dentro de la historia: «La historiografía más actualizada ha enderezado el tradicional menosprecio sobre tan importante tema y problema de estudio, situándolo hoy al centro de sus reflexiones paradigmáticas, [...] dando a la luz investigaciones donde la vida cotidiana es el objeto de estudio y no mero punto de soporte» (191).

Además, sin duda, el estudio histórico de este tipo de temas se ve enriquecido con la convivencia de diversas disciplinas sociales, no excluyentes sino complementarias: antropología, historia, sociología, psicología, e incluso la literatura y el periodismo.

Pero dejémosle mejor la voz a don Cenobio. ¿Por qué vino a Comala? Su respuesta siempre es una y la misma: «Por jodido».

A falta de trabajo y recursos en el Llano («Allá es como un desierto, es un peladero cabrón»), Cenobio viajó mucho entre Santa Elena de la Cruz y el norte del estado de Colima antes de contraer matrimonio, cruzando por el Cerro Grande y las faldas del volcán de Fuego, pero sobre todo del Nevado, en constantes ires y venires. Hacía trabajos temporales en diferentes lugares. Muchas veces comía de lo que cazaba o lo que recolectaba en el campo, como aprendió a hacerlo desde la Cristiada, guerra en la que por cierto perdió la vida su padre.

Lo que come uno de chiquillo a uno le sigue gustando de grande. Uno que es del campo come bonetes, parotas, guajes, guamúchiles, chacales en las lluvias. Pero ahora los ríos están enyerbados y ya ni chacales hay. Antes había poca gente, no era tanta como ahora. Ahora ves el montón de gente y ya no hallamos qué tragar. En ese tiempo de atrás, yo tendría algunos diez, doce años, el alimento era abundante. Entonces el gobierno no te decía nada, matabas venados, jabalines, lo que fuera. El gobierno no decía no maten, múltenlos. Estaba de recién que lo habían jodido al gobierno, y estaba con las manos dobladas, por la guerra de la Cristiada. Pero nomás se acomodó y ya no quiere ni que a las iguanas las matemos. Cómo jodidos no, si uno, como pobre, come lo que haya. Igual que los elotes o las parotas. Mira, la semilla de parota es como el frijol de los pobres, se da cada año y no te cuesta nada más que cortar la semilla con un gancho. Se dan durante la Cuaresma y es un alimento muy bueno. Esta carne de la parota es más sana que la que te venden en la tienda, además no lleva fertilizantes, como los jitomates. A ver si no las prohíbe el gobierno. Que no nos deje cortar las semillas de las parotas, imagínate.

En 1945, se casó. Él tenía 22 años, su esposa 17.

Yo no la quise vieja, yo la quise más nueva que yo, porque las mujeres se acaban más pronto que uno y yo no sabré leer ni escribir, pero sé pensar



con la cabeza y dije: yo quiero que mi señora sea menor que yo, para que después yo siga macizo y ella todavía nueva.

Fueron trece hijos los que tuvieron.

Si ocupas a tu mujer dentro de los primeros cuarenta días después de dar a luz, se te muere tu mujer. Y si la ocupas dentro de los cuarenta días, para que no se te muera la mujer tiene que comer de la cochinada del hombre, y como yo no quería que se muriera mi esposa ni que comiera de mi cochinada, pues me esperaba para volverla a ocupar.

Fue el tiempo en que Cenobio trabajó de leñero y luego de mozo en algunos ranchos. Vivía en Comala, pero en casas de zacate que él mismo construía en terrenos rentados.

¿Y la Cristiada?

Uh, vieras qué triste estuvo eso. Yo porque estaba chiquillo y me traían por allá guardado no me mataron, pero si no... Mucha gente mataron, mataban mujeres, chiquillos, de todo mataban. Nomás que fueras cristero o cría de cristero y el gobierno te mataba. Y también los cristeros mataban a los del gobierno, no te voy a decir que no. Por eso quedó ralita la gente en ese tiempo. Mira, cuando iba a empezar esa revolución, por allá donde yo vivía se apareció mucho cuervo. Hubo mucho cuervo, cante que cante. Y luego los animales bramaban: las vacas, los toros. Los perros aullaban tristes. Yo creo que anunciaban algo de lo que venía, todo lo malo que estaba por aparecer.

Pero esto de la Cristiada empezó porque el *Lutarco* Elías<sup>1</sup> era masonsísimo. Quería acabar con los padres, quería acabar con las monjas y con todo, cerrar los *ocultos*, meter adentro mujeres mundanas, hacer bailes y no dejar hacer misa. A los padres los mataban, y entonces la gente dijo: «No queda otra lucha más que salirle al toro como venga, con piedras, con ondas, con machetes, con chispetas, y el que tenga armas con armas». Yo me acuerdo de eso. Ahí en Santa Elena había un hombre que se llamaba Juan Flores, que fue carrancista y luego se hizo cristero. Él tenía armas, no sé de dónde le caían las armas, y se fue con unas gentes de Tolimán todavía más allá, a una vereda donde había un lienzo de piedra y esperaron a que pasaran los soldados, y los acabaron. Hicieron una matazón y se hicieron de más armas. El gobierno supo que aquel hombre que hizo matadera de soldados era de

<sup>1</sup> Se refiere al presidente Plutarco Elías Calles.

Santa Elena, y como a los dos o tres días vino uno de Tolimán bien reman-gado hasta acá arriba, de calzones, porque en ese tiempo no se usaba el pan-talón sino el calzón, ceñidor y camisa de manta. El amigo venía gritando: «Señores, señores, mujeres, señoras, sálganse porque el gobierno está en Tolimán y va a venir a acabar y a quemar todas las casas». Era mediodía.

Entonces mi mamá, mi abuela y todos los que tenían maíz y frijol di-jeron: lo vamos a enterrar. Hicieron pozos y en unas ollas grandes que usábamos para echar agua enterraron el maíz y el frijol. Yo estaba chiquillo, como de cuatro años, pero me acuerdo que vi una columna del gobierno que venía por esa loma de Santa Elena, y se movía como un tarasquero<sup>2</sup>, tire y tire. Negreaba la loma y negreaban los callejones. Era el gobierno que venía a quemar las casas, y nosotros a correr. El hombre ése, Juan Flores, hizo fuego un rato ahí, antes de llegar a una barranca, para detener al go-bierno mientras nosotros corríamos a otra barranca, y salirnos al cerro. Nos fuimos ya como a las cinco o seis de la tarde, pasamos el río y ya en el cerro devisamos las llamaradas de las casas que iban bien alto. Quemaron todo. A todo le metieron fuego. Las casas eran de tejamanil, otras de teja y otras de zacate. Y ahí estuvimos en el cerro, con sed. Pero en la noche unos bajaron al río por agua, para beber, y nos trajeron. Porque entonces sí se bebía el agua de los ríos, no como ahora. Después empezamos a ir a un ojo de agua. Y como a los dos días vinieron los señores grandes a traer el maíz y frijol que habíamos enterrado. Los perros corrían, aullaban tristes. Las gallinas volaban cacareando, los puercos corrían por aquí y por allá. Si vieras qué triste. Entonces empezó la revolución y ya no bajamos del cerro.

El gobierno nomás llegaba hasta el bordo del cerro y de ahí no pasaba. Éramos miles y miles en todo ese cerro, que es el Cerro Grande. Se constru-yó un corral grande en los planos, junto al río, y se llenó de animales: vacas, toros, becerros. De todo para estar matando. Mataban unas cuatro o cinco reses diario para mantener todo ese gentío en el cerro. Nosotros pasamos una vida amargosa, me acuerdo yo de esos tiempos. Se hicieron casas de zacate, y a veces vivimos en cuevas donde hacíamos lumbre y cocinábamos. Fíjate qué trabajoso, qué vida se pasaba uno en ese tiempo de atrás. Yo como niño no hacía nada más que comer y arrinconarme. Qué íbamos a jugar, con el susto. No había más que dormir y comer. Comía mucha carne, lo que no como ahora. Y no me costaba ni un centavo más que de ir a traer pedazos para asar, para comer caldos gordos. Te digo que los cristeros tenían

<sup>2</sup> Tarascas son unas hormigas negras, carnívoras y nómadas que se alimentan de insectos y barren con las zonas que ocupan, formando grandes manchones y columnas mientras cazan.



un corral lleno de vacas, becerros, toros, pero es que entonces los ricos estaban con el clero y nos daban de su ganado. Duramos tres años en el cerro.

Yo creo que ese presidente, el Lutarco, ha de haber sido comunista. Mira, yo platiqué con uno que era agrarista, Domingo Delgado, que ya murió, y le dije: «Oye, tú, Mingo, ¿verdad que los agraristas son del comunismo?» «Están aliados con el comunismo», me dijo. Por eso te digo, ese presidente era comunista, era malo, quería acabar con todo lo bueno y no pudo. El comunismo es una cosa contraria con lo bueno, con los sacerdotes. No quieren oír misa. Yo no sé por qué esa cosa. Lo chistoso es que en la revolución eran puros mexicanos los que estaban peleando, no eran de otra nación ni nada. Pero es que a los agraristas y a los del gobierno les pagaban buen dinero para que pelearan, fue por el interés del dinero que les pagaban. Y por eso se acabaron miles y miles de personas, del gobierno y cristeros, pero del gobierno se murieron más. Luego de dos años, el gobierno se acabó y fueron por más a Guamúchil, a Sinaloa. Por eso te digo que quedó ralita la gente. Ahora, como no hay revolución, en los pueblos mira cómo estamos de llenos, ya es mucha la gente y toda esa chiquitera que va para grande yo no sé cómo los iremos a mantener. Nosotros ya vamos para fuera, ¿pero los chiquillos? Dios es grande, no deja morir a nadie, ¿no ves los zopilotes, las aves?, no se mueren de hambre, pero sabe Dios cómo nos vaya. Quién sabe si vaya a haber otra revolución, ya ves que hay gente amargosa de un lado y de otro, aunque seamos todos mexicanos.

Entonces el gobierno fue con el papa de Roma a decirle que ya no quería pelear, porque ya no tenían gente, y el papa de Roma dijo: «Bueno, que sea por la paz». Y así fue. Pero luego siguieron las matanzas contra todos los que habían sido cristeros.

Mira, lo que yo te platico es cierto. Yo lo supe y yo lo vi. Lo que no vi o no supe, no te lo cuento. Mi compadre Serafín, que es mi cuñado, hermano de mi señora, platica de los tiempos de cuando Huerta y Madero, y yo le digo, pero compadre, y tú cuándo viste eso si eres más chico que yo. Por medio de libros, me contesta. Pero quién sabe si serán mentiras; en los libros le echan de más. Lo bonito es platicar lo que uno vio. Lo que vio uno no son mentiras, uno sabe que son cosas ciertas. ❖



## BIBLIOGRAFÍA

ACEVES, J., «La historia oral y de vida», en *Técnicas de investigación en sociedad, cultura y comunicación*, Pearson, México, 1998

CARRERA, M., «Periodismo o el camaleón maravillado», *El Nacional*. México, 12 jun, 1992

ESQUIVEL, M. T., «Los senderos de la investigación: metodología cualitativa», *Aleph, tiempos de reflexión*, 74, UAM-Azcapotzalco, México, 2002

FRANCO FERRAROTTI, «Biografía y ciencias sociales», en *Historia oral e historias de vida*, Flacso, Costa Rica, 1988

GALINDO, L.J., «La mirada en el centro. Vida urbana en movimiento», en *Huella 19*, ITESO, Guadalajara, 1990

GINZBURG, C., *El queso y los gusanos*, Muchnik Editores, Barcelona, 1991

SCHWOB, M., *El arte de la biografía*, FCE, México, 1987

TORRES-SÁNCHEZ, R., «Descripción e historia de la vida cotidiana», en *Diversidad cultural en la globalización*, UG, Guadalajara, 1999

ALEJANDRO MORALES, maestro en historia por  
la Universidad de Colima, es jefe de redacción del  
periódico *Milenio Colima*  
([ranchoguerrero@hotmail.com](mailto:ranchoguerrero@hotmail.com))  
(Recepción 30-07-07. Aceptación: 25-09-07)